

Las construcciones culturales de la masculinidad

Ana Amuchástegui y Marta Rivas

La masculinidad es un tema de interés reciente para académicos, activistas e investigadores empeñados en comprender la compleja vinculación entre los cuerpos, las identidades de género y las prácticas sexuales. Hasta hace poco, en nuestro país las discusiones sobre el género se limitaban a los asuntos relacionados con las mujeres, es decir, al cuestionamiento de las definiciones fijas y restrictivas de la femineidad. Pero la balanza que favorece a los hombres en el ejercicio del poder oscureció, por mucho tiempo, el hecho de que en efecto existen malestares y sufrimientos en el universo de la masculinidad.

Víctor Seidler, sociólogo inglés especialista en el tema,¹ comparte con muchos otros la idea de que no existe una sola masculinidad, sino formas y significados de ser hombre que dependen de un periodo y una cultura determinados, es decir, que las masculinidades están construidas históricamente. Seidler centra su reflexión en la masculinidad dominante que nació en Europa durante la Ilustración, y que está marcada por la moral protestante y el colonialismo.

Los signos de la masculinidad y la tradición cultural de occidente

En este modelo, definido por los hombres de las clases y razas hegemónicas de tal época, la masculinidad se construyó íntimamente ligada a la razón y la instrumentalidad, en oposición a la naturaleza y la emoción. De hecho, lo Uno, el Hombre, se consideró esencialmente como lo contrario de lo Otro, la naturaleza, a la que se relacionó estrechamente con la supuesta esencia femenina, la sexualidad, y el cuerpo. De este modo, la masculinidad se construyó como lo no-Otro, en una permanente incertidumbre y necesidad de probarse a sí misma a través del dominio de la naturaleza y sus representantes.

Durante la colonia, nuestro país heredó algunas de estas concepciones, pero es probable que muchos de estos componentes simbólicos de la masculinidad sean diferentes por la influencia del catolicismo y por su encuentro con las culturas indígenas.

En este espacio quisiéramos reseñar algunas de las ideas de Seidler y ofrecerlas para que se discuta su posible relevancia para la realidad de nuestro país:

1. ¿Son el cuerpo y la sexualidad de los hombres una parte de su identidad, o más bien se viven como expresiones de una animalidad que deben controlar? En la tradición católica, el cuerpo es visto como el sitio de la inmundicia, el pecado y la tentación, de modo que las personas --y particularmente los hombres-- mantienen una relación de exterioridad con él, es decir, como si éste les fuera ajeno.
2. En el pensamiento occidental, que considera a la razón como el estado más elevado del hombre, obviamente no es deseable ser identificado con el cuerpo, sus secreciones y sensaciones. En consecuencia, el cuidado de la propia salud se ve dificultado pues requiere que la persona escuche y esté en contacto con su cuerpo pero, como este contexto lo define como pecaminoso, esta tarea resulta

sumamente difícil para los hombres. Por eso ellos aprenden a enajenar sus cuerpos, lo cual los lleva también a negar sus dolencias y enfermedades, y a separar su experiencia emocional para intentar controlarla.

3. La masculinidad dominante está muy ligada a la actividad, la cual se expresaría principalmente en la sexualidad y el trabajo compulsivos. Por ello, los hombres encuentran difícil tomarse el tiempo para detectar o reconocer sus malestares y sus experiencias, pues ello requiere silenciar su mundo activo y atender a sus cuerpos. Los hombres se defienden de sus sentimientos porque éstos se consideran un reflejo de homosexualidad: los sentimientos se encuentran sexualizados, pues a la suavidad, la ternura y la vulnerabilidad se les considera como signos de tendencias homosexuales. Una de las formas más eficaces de defenderse de este temor es la conversión inmediata de todos estos sentimientos en enojo o ira. Si un hombre siente una tristeza profunda, la violencia contra su pareja, por ejemplo, le permite aquietar esa emoción. La agresión no es solamente una manera de controlar a las mujeres, sino también de controlar la propia vida emocional. Por eso es imprescindible trabajar con las emociones y sentimientos de los hombres.
4. Los hombres están a la defensiva pues supuestamente no deben confiar en otros hombres, lo cual está fundado en relaciones altamente competitivas. El miedo a ser vulnerable marca las posibilidades de acercarse entre sí, en especial porque la intimidad se encuentra sexualizada: los hombres sienten que si se acercan emocionalmente a otros hombres, acabarán por tener relaciones sexuales con ellos. De este modo, la homofobia se encuentra en la base misma de la heterosexualidad, y no es posible trabajar con los hombres sin tomar en cuenta este temor.
5. En los discursos sobre salud reproductiva se asume que los hombres son irresponsable; la literatura se encuentra plagada de concepciones negativas de la masculinidad, una de ellas es que la sexualidad de los hombres es esencialmente compulsiva. Una de las consecuencias de esta concepción es que los hombres, y en particular los jóvenes, frecuentemente se niegan a recibir la información que los describe de manera tan negativa, pues los culpabiliza. Quienes trabajamos en estos temas no hemos estado muy dispuestos a hablar sobre el placer sexual de los hombres porque, en virtud de que lo consideramos irrefrenable e inclusive peligroso, se vuelve necesario controlarlo y no reconocerlo. Sin embargo, es importante promover la idea de que los hombres pueden sentir el deseo sexual sin que éste sea compulsivo, reconociendo otros ritmos de relación que los codificados para ellos y la riqueza del contacto emocional. Para ello es necesario dessexualizar los afectos.
6. En sociedades en las cuales existe un dominio masculino no autoritario, la paternidad se convierte en un signo de masculinidad, situación que no ha sido suficientemente tomada en cuenta en los mensajes de salud. Se ha trabajado la paternidad en su sentido negativo, como poder y autoridad. Ahora es necesario abordar la paternidad como una relación: ¿cómo se sienten los hombres frente al embarazo?, ¿qué tipo de relaciones establecen los padres con sus hijos y sus hijas, y cómo cambian en el tiempo? Por ejemplo, a cierta edad, los padres dejan de tocar y acariciar a sus hijos por miedo a promover en ellos tendencias homosexuales --o volverlos "maricones", que no es lo mismo. Súbitamente los pequeños dejan de

tener un contacto emocional y corporal cercano con sus padres sin mediar explicación alguna. Lo mismo sucede con las hijas porque, como hemos dicho antes, la intimidad se encuentra sexualizada y no concebimos la posibilidad de tener cercanía afectiva y corporal con una persona sin que supuestamente experimentemos excitación sexual.

La ternura viril: forma de ruptura antisexista

Todas estas ideas han contribuido, a decir de Seidler, a construir una masculinidad dominante en el mundo occidental y que, con transformaciones y particularidades, se ha exportado a otras latitudes, incluido nuestro país. Caben, sin embargo, algunas preguntas.

Por ejemplo, la masculinidad de los hombres blancos europeos se encuentra marcada por un acentuado individualismo que en México no tiene la misma magnitud debido a la antiquísima tradición de identidad comunitaria tanto de las culturas indígenas como de la Contra-Reforma española. ¿Hasta dónde, se pregunta Seidler, la posibilidad de los hombres de entrar en contacto con su cuerpo, y por lo tanto con sus emociones, se encuentra dificultada por este ser-con-el-otro y con el grupo social? ¿Qué matices introduce la etnicidad en las masculinidades de nuestro país? ¿Cuál es el impacto de la modernidad en las concepciones tradicionales y religiosas acerca de ser hombre?

Lo que queda claro es que la sexualidad de los hombres ha sido construida como algo ajeno a ellos que requiere satisfacción inmediata o control férreo, cuando en realidad está ligada a una vivencia amenazante de su cuerpo y de sus emociones, los cuales están sexualizados de antemano, sin atender a las infinitas posibilidades de la experiencia humana.

Seidler propone los grupos de reflexión de hombres como una poderosa herramienta para la lucha contra la desigualdad de género, pues el trabajo sobre los malestares de la masculinidad llevaría necesariamente a una revisión de la relación de los hombres con las mujeres desde sus propias inquietudes y dificultades. Muchos hombres desean aceptar y enriquecer su vida emocional, pero para ello requieren el apoyo de otros hombres a fin de no sentirse aislados dentro de una cultura que juzga duramente el afecto y la cercanía viril.

1. Seidler, Víctor, 1987. Reason, desire and male sexuality. En: Caplan, Pat (Ed.). The cultural construction of sexuality. Routledge, London/New York.

----, 1995. Los hombres heterosexuales y su vida emocional. En: Debate feminista. Año 6, Vol. 11, Abril.

----, 1997. Man enough. Embodying masculinities. Sage, Thousand Oaks.

Las autoras son profesoras investigadoras del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xochimilco, México.

Ana Amuchástegui <aham7519@cueyatl.uam.mx>

Marta Rivas <rzmg2247@cueyatl.uam.mx>

Fuente: Letra S (México), 6 de noviembre de 1997